

## *Prólogo*

# El hijo del profeta

Oí por primera vez la música de Les Luthiers a principios de 1975 en Colombia. Una mano misericordiosa me entregó un casete que alguien copió de cierto casete que alguien había copiado de otro casete que copió, a su vez, un admirador anónimo. Quedé deslumbrado, y el deslumbramiento no se me pasa. Pero no me bastaban las palabras y las canciones. Necesitaba literatura, noticias, datos, referencias, rostros. Quería saber quiénes eran estos genios convenientemente locos que me despertaban tanta admiración y tanta envidia. Por fin, unos meses después, conseguí que un amigo procedente de Argentina me trajera su último disco. Era uno de esos álbumes grandes que quedaron tecnológicamente desuetos apenas tuvimos la colección completa. Allí estaban. Eran siete. Peludos, barbudos, ataviados con esmoquin.

—Éstos —me dijo mi amigo señalando a seis *luthiers* que, en la portada, aparecían mirándose entre sí por parejas— son los discípulos. Y éste —ahora apuntaba a un *luthier* solitario, el séptimo, sin barba ni melena, alto y delgado, que oteaba el horizonte en busca de compañía, o de algo más inquietante—, éste es el profeta.

La revelación me permitió aprender dos cosas. Primero, que la afición a Les Luthiers llega a convertirse en algo semejante a una religión. Y, segundo, que esa religión tiene un profeta mayor. El profeta se llama Gerardo Masana, llamado *el Flaco* o *Gero*, y ahora su hijo Sebastián acaba de terminar uno de los libros sagrados de la secta: es el que el lector tiene entre las manos y debe depositar, inmediata y reverentemente, en el facistol.

Conocí al hijo del profeta en 1990, cuando, a modo de evangelista llamado por los dioses, preparaba yo un texto de historia del grupo cuyo título conviene retener para adquirirlo más tarde sin falta: *Les Luthiers de la L a la S*. Entre las muchas entrevistas que realicé a fin de recoger información, una de las más gratas y emocionantes fue la que sostuve con Magdalena, la viuda del Flaco, y sus hijos Sebastián y Ana Magdalena (doble homenaje onomástico a Bach). En ese momento Sebastián tenía 24 años y era estudiante de periodismo. Hoy ya ha vivido más de lo que vivió su viejo. Me pareció un tipo inteligente, simpático, bien educado y meticuloso, y nos hicimos amigos sin dificultad. No mucho tiempo después publicó la primera novela en disco compacto que registren los anales electrónicos en lengua española. Era una aventura de guerra y aviones, muy bien escrita e imaginativa, que perdí una tarde de tragedias informáticas junto con la memoria RAM, la memoria REM, el INRI, el QEPD, el disco duro, el disco blando, el disco lumbar y todo cuando pueda estallar en un ordenador por culpa de un virus malvado.

Una de las cosas que supe por mis conversaciones con Sebastián era que sólo conservaba jirones de recuerdos de su progenitor. Gerardo había fallecido cuando su hijo mayor tenía seis años, y las imágenes fragmentarias del padre que parpadeaban en la cabeza del hijo se referían a momentos familiares, paseos, juegos y alguna que otra estampa en el escenario. En contraste, Gerardo Masana era un mito entre sus amigos, un fantasma amable cuya muerte temprana no acababan de plañir y cuyo cálida memoria no cesaban de evocar. Sebastián y Ana Magdalena —que apenas caminaba al morir Gerardo— crecieron, pues, entre un puñado de huellas familiares y un cúmulo de referencias añorantes de quienes habían conocido a su padre o trabajado con él.

Este libro es la historia de los primeros tiempos de Les Luthiers, pero es también la pesquisa que emprende el hijo del profeta en pos de su padre, la aventura que intenta encajar la leyenda pública y los retazos amarillentos de vida familiar. En ambos aspectos es un trabajo excelente. Lo ha emprendido empleando las armas propias del periodista —testimonios, hemerotecas, viejos

archivos, pistas que se vuelven fuentes, recursos inesperados, cuidadosa y ágil redacción—, pero bajo un impulso filial que indaga por su propia identidad.

Los catecúmenos de Les Luthiers encontrarán abundantes hechos apostólicos y razones de doctrina. Para empezar, el autor ha tenido el tino de envolver en una perspectiva de época aquellos años —los sesenta y los setenta— que el libro abarca. Aparece, pues, el contexto cultural y político de la Argentina de entonces. Nos acercamos al mundo de los catalanes emigrados a Buenos Aires, sus actividades artísticas y sus dolores de exilio. Conocemos aquél espumeante amor por la música y el arte que sufre una atroz cuchillada —primera de muchas que vendrían después—cuando la dictadura del general Juan Carlos Onganía desata una ola represiva que se llamó «La noche de los bastones largos». También leemos en detalle lo que Sebastián llama «la prehistoria de Les Luthiers», o sea la primera evolución que sufrió un grupo de compañeros universitarios aficionados al canto y a las bromas convertido luego en fenómeno humorístico con pocos paralelos en el mundo.

Descubriremos con sorpresa los primitivos fracasos de Les Luthiers (sí, caballero, ellos también fracasan: téngalo en cuenta la próxima vez que lo echen del puesto, lo abandone la novia o lo desespere su mujer); visitaremos los humildes patios traseros en que estrenaron sus primeras obras; entraremos en el cementerio donde yacen los instrumentos musicales que nacieron muertos o murieron recién nacidos; nos enteraremos de la verdadera historia de Johann Sebastian Mastropiero; refrescaremos estadísticas; repasaremos en los apéndices textos, poemas y direcciones útiles para remar en la barca de Les Luthiers a través de las aguas de Internet.

El libro abre, además, un amplio y sabroso panorama humano. López Puccio Carlos, Maronna Jorge, Mundstock Marcos, Núñez Cortés Carlos y Rabinovich Daniel circulan libremente por sus páginas. Hablan, opinan, tocan, cantan, sollozan, recuerdan, ríen, explican... Y, con ellos, muchos otros habitantes del planeta *Luthier*: Carlos Iraldi, *luthier* de Les Luthiers... Ernesto Acher, antiguo miembro del conjunto... Jorge Schussehim, cuate y a la vez Némesis del grupo... José Luis Barberis, *luthier*

emérito... Horacio López, que fue el mejor amigo de Gerardo Masana, pero después ya no... Virtú Maragno, un genio de la música coral carente de sentido del humor, que, sin embargo, enseñó a cantar a todos estos dementes...

El personaje principal es, por supuesto, el profeta mayor, Gerardo Héctor Masana, nacido en Buenos Aires en 1937 y fallecido en esta misma ciudad en noviembre de 1973, un tipo austero, tranquilo, de pocas palabras y mucho talento, hábil para los trabajos manuales, de oído privilegiado, humor peculiar y voz menuda, que fue el catalizador de Les Luthiers y murió sin saber que había fundado una religión.

Sebastián explora sus raíces paternas y maternas. Magdalena *Malena* Luisa Tomás, la mujer del profeta, es, por supuesto, otra de las figuras destacadas de la historia. Y, por si faltare a la secta un arcano sagrado, Sebastián descubre el equivalente luthierano de los manuscritos del mar Muerto: se trata de una carpeta donde Gerardo Masana acumuló durante años recortes, fotografías, cartas y manuscritos desde los tiempos en que era estudiante de arquitectura. Esta biblia está complementada por una colección de epístolas: las cartas de familia, muchas de ellas adorables e ingenuas, donde *Malena* cuenta a sus padres o a sus suegros los avatares de la familia y donde Gerardo ofrece diversas noticias a su hermana y sus padres. Allí, por ejemplo, consta el momento histórico en que un mito argentino descubre a otro. Es cuando Masana remite a sus familiares un libro de *Mafalda*, «que salió hace poco y se vendió mucho»: era el 22 de febrero de 1967.

Formidable trabajo el de Sebastián Masana, producto del consorcio de la solidez de datos, el olfato para las anécdotas, la paciencia para averiguarlas y la amenidad del relato.

Una de las lamentaciones habituales de Les Luthiers es la de «¡Si el Flaco hubiera podido imaginar lo que ha llegado a ser su pequeño grupo...!».

Yo estoy seguro de que si hubiera podido leer este libro de Sebastián, habría estado orgulloso de su *pibe*.

DANIEL SAMPER PIZANO